

Nuestro camino de Ronda

El sábado, después de recorrer parte del camino de Ronda, Marina y yo estábamos ya en nuestra tienda de campaña, mientras tanto Isabelle y Rigoberta, su perra, estaban durmiendo en la suya.

Teníamos las piernas entrecruzadas y llevábamos un rato descubriendo nuestros cuerpos, yo ya tenía mis manos dentro de ella mientras le masajeaba el punto G. Poco a poco notaba como su respiración se hacía más intensa, hasta que su cuerpo se contrajo mientras se agarraba al mío. En ese momento, experimenté la famosa compersión sexual, me excitaba verla disfrutar, tanto o más como disfrutar yo misma.

Finalmente, Marina se relajó de repente con un ruidoso suspiro. Sentí su orgasmo también en mí y la envolví en con mis los brazos. ¿Estás bien? Le pregunté.

- Sí, ¡te quiero muchísimo! me contestó mientras se agarraba más a mí.
- ¿Sabes porque se llama punto G?
- ¿Y a qué viene esa pregunta ahora? - sonreí sorprendida - Se llama así por el ginecólogo que lo descubrió en los años 40, aunque para mí la G será siempre de Gemidos.

Ambas nos reímos, y al estar abrazadas parecía que nuestros cuerpos vibraban.

Nos abrazábamos de muchas formas distintas, y se podría decir que era literalmente acuerparnos, ya que no dejábamos ninguna parte sin sentirnos, pero a la vez nos sentíamos muy libres.

Noté como Marina se quedaba dormida, y en ese instante rememore el primer día que nos vimos.

Fue un sábado por la tarde, habíamos quedado a las 7:00 para vernos y, aunque normalmente solía llegar tarde, ese día le gané la batalla al reloj. Los nervios me estaban matando, notaba como se me aceleraba el pulso a medida que los minutos pasaban. Habíamos estado las últimas 3 semanas hablando de todo; menos de aficiones, trabajo u otros quehaceres cotidianos, nuestras conversaciones iban desde las cosas más banales de la vida, pasando por el futuro incierto de nuestro planeta y las no-monogamias éticas, hasta consejos para cuidar un hipotético huerto que ninguna de las dos tenía. Eran debates dignos de publicarse en *Twitter*; me preguntaba si ese día hablaríamos del tiempo o llegaríamos a ser *trending topic*.

Marina por fin llegó, puntual, llevaba un vestido amarillo que hacía resaltar su tono de piel, el pelo estaba recogido en un turbante de tonos rojizos y algunos rizos se escapaban de la tela. La recibí con una enorme sonrisa y un abrazo, que reflejaban tanto mi ansiedad como la felicidad que sentía al verla, en persona.

Empezamos a andar sin rumbo, callejeando por las estrechas y únicas rúas del Borne de Barcelona hasta que la sed nos interrumpió; y ¿Quién podía decirle que no a una cerveza y unas bravas en una terraza? Que coincidiéramos en eso sí que era un requisito imprescindible, comparable a la importancia que tienen la responsabilidad afectiva o el consentimiento.

La conversación fluía, el ambiente era agradable y cuando nos quisimos dar cuenta nos estaban trayendo la cuenta porque iban a cerrar. ¿Cómo podía ser? Sin duda el tiempo es relativo, y lo acabábamos de comprobar. Decidimos ir a otro lugar, ya había oscurecido, pero llegamos hasta el parque más cercano; las farolas iluminaban la vegetación con un tono cálido y nos sentamos en un banco apartado. Seguimos haciéndonos preguntas mientras poco a poco nos íbamos acercando la una a otra, hasta que acabamos abrazadas, y no nos hizo falta decir nada. Justo cuando nos miramos a los ojos, mis mejillas se me encendían. Sabía que ella también estaba nerviosa, sin embargo, rompí el silencio para preguntarle si podía besarla.

Nos encontrábamos desnudas encima de mi cama, descubriéndonos y excitándonos paulatinamente. Sentía cada centímetro de su piel tocando mi cuerpo. Nos besábamos el cuello, nos acariciábamos los pechos y nos susurrábamos a la oreja.

De repente su cara ya no estaba tan relajada, es más parecía preocupada por algo, así que me alejé un poco de ella y le pregunté si estaba bien.

- Sí, sí, estoy bien, es más, estoy muy a gusto contigo.
- Si quieres podemos parar, solo quiero que estés cómoda, si hay algo que te molesta puedes contármelo sin ningún problema.
- ¡Oh! ¡No! No es eso... es que...
- Me puedes decir lo que quieras. Si sientes que vamos muy rápido podemos parar en cualquier momento, solo quiero hagamos lo que hagamos quiero que las dos estemos felices de hacerlo.
- Es que...bueno... En realidad, lo que me haría feliz es besarte y sentir todo tu cuerpo junto al mío, y para eso me gustaría usar protección...

- ¡Preciosa! Por supuesto, tengo barreras de látex que podemos usar. Además, el otro día descubrí un truco para que sea super cómodo y que me gustaría probar. Mira, si pones primero el lubricante en mi coño y luego la banda es como si no llevara nada.

A veces me sorprendía mi espontaneidad en este tipo de momentos, quizás era un mecanismo de defensa. Marina me abrazó y noté en mi cara su sonrisa.

A los pocos segundos se puso encima de mi mientras yo continuaba tumbada, y sus largos rizos caían desde su cabeza enmarcando mi cara,

- ¿Entonces quieres continuar donde lo dejamos? - Le pregunté.
- Sí. Respondió. Y recorrió su lengua por mi cuello, hasta llegar al lóbulo de la oreja.

Podía oír su respiración entrecortada y como emitía pequeños gemidos. Marina empezó a bajar por mi cuerpo mientras me daba besos por cada rincón de mi piel. Se detuvo un momento en mis pechos, lamiéndolos y dándome pequeños mordisquitos. Se me escapó un suspiro y ella esbozó una sonrisa. Continuó dándome besos hasta llegar a la cara interna del muslo que intensificaban mis gemidos.

Llegado el momento se estiró para coger una de las barreras junto con el bote de lubricante y con suma delicadeza abrió el envoltorio, colocó la fina capa de lubricante sobre mi vulva y luego, encima, el trozo de látex.

Mientras recorría con su lengua cada parte de mi clítoris, podía notar el calor y la humedad de sus labios entre mis piernas. Me incorporé un poco con los brazos para poder ver su cara envuelta entre mis piernas y sus ojos se cruzaron con los míos. Su lengua empezó a moverse con más intensidad mientras cerraba los ojos, con una mano me acariciaba un pecho y con la otra cogía la mía; todo mi cuerpo se contrajo, una inmensa ola de calor me recorrió entera y mi mano se agarró tan fuerte la de suya que por un momento pensé que le estaba haciendo daño. Entonces metió uno de sus dedos dentro de mí, seguido del segundo, yo estaba completamente empapada y me parecía estar en otro mundo, era como si mi cuerpo levitase, como si ni el tiempo ni el espacio tuviesen ya sentido, me parecía estar en otro mundo.

Continuamos en la misma posición hasta que noté como mis mejillas se y todo mi cuerpo empezó a temblar de placer y Marina recorrió con sus besos el camino de vuelta desde mis piernas, hasta llegar a mi boca; nos dimos uno de esos besos que te hacen olvidarte del resto del mundo. Los espasmos seguían recorriéndome, aunque con menor intensidad y ella me envolvió con sus brazos.

Al despertar, miré el móvil, como cada mañana, hacía 6 meses que nos conocíamos y Marina me había enviado un mensaje proponiéndome pasar el fin de semana recorriendo el camino de Ronda con ella, Isabelle y Rigoberta.

Llegamos el viernes por la tarde al camping, y una vez montadas las tiendas, fuimos directas a la playa para refrescarnos. El agua brillaba con un tono azulado-verdoso y era tan cristalina que se podían ver los peces de diferentes colores nadando en el fondo.

Estábamos *desnudes* dentro del agua, hablando y riendo. Isabelle parecía *sacade* de un cuento de hadas, el pelo negro y liso, le llegaba hasta la cintura y la piel expuesta al Sol parecía resplandecer. Apenas nos conocíamos, pero ya entendía porque Marina estaba tan feliz con su relación con *elle*. Le dio un beso en la mejilla y luego otro a mí.

Al caer la noche nos resguardamos en la tienda, y nos recostamos sobre los sacos de dormir. Llevábamos todo el día *juntas*, pero no me cansaba de estar con *elles*, eran dos de las personas más bellas que había conocido nunca. Marina se encontraba en el medio de *nosotres* en aquel preciso momento; Isabelle y ella se estaban besando apasionadamente, luego se giró y me beso mientras Isabelle la acariciaba por todo el cuerpo.

Habíamos perdido la noción del tiempo, ¿Cuántas horas llevábamos follando? ¿De todos modos desde cuándo deberíamos empezar a contar y cuando acaba? En el momento en que me planteé esa pregunta, volví al presente. Y volvíamos a conectar, a acompasar nuestros movimientos y nuestras respiraciones, como un metrónomo, que acelerando paulatinamente su tiempo. Notaba nuestra piel erizándose mientras nuestros gemidos se complementaban entre ellos. Les miré a *ambes* la cara y todo me parecía como un sueño.

Un sincero “os quiero mucho, perras” salió de sus labios.